

**IX REUNIÓN CIENTÍFICA DE LA FUNDACIÓN ESPAÑOLA  
DE HISTORIA MODERNA. UNIVERSIDAD DE MÁLAGA  
(Málaga, 7-9 de junio de 2006)**

# **Tradición *versus* innovación en la España Moderna**

**VOLUMEN II**



**JUAN JESÚS BRAVO CARO  
SIRO VILLAS TINOCO  
(eds.)**

**Málaga, 2009**

IX REUNIÓN CIENTÍFICA DE LA FUNDACIÓN ESPAÑOLA  
DE HISTORIA MODERNA. UNIVERSIDAD DE MÁLAGA  
(Málaga, 7-9 de junio de 2006)

**TRADICIÓN *VERSUS* INNOVACIÓN  
EN LA ESPAÑA MODERNA**  
VOLUMEN II

Juan Jesús Bravo Caro  
Siro Villas Tinoco  
(eds.)

Málaga, 2009

Foto cubierta: Ciudad y Puerto de Málaga. B. Thurus (1717)  
Archivo del Museo Naval. Sig. E-XLI-27

Edita: Área de Historia Moderna de la Universidad de Málaga.  
Imprime: Imagraf Impresores  
ISBN: 978-84-931692-7-5  
ISBN Obra completa: 978-84-931692-4-4  
Depósito Legal: MA-3.367-2009

## LA CIENCIA ALMACENADA: LOS LIBROS CIENTÍFICOS EN LAS BIBLIOTECAS INSTITUCIONALES GALLEGAS A FINES DEL ANTIGUO RÉGIMEN

Ofelia Rey Castelao y José Manuel Vázquez Lijó  
*Universidad de Santiago de Compostela*

La escasez de la producción científica en la Galicia moderna es equiparable a la pobreza de la producción literaria e intelectual en general, lo que remite a una falta de lectores en la base –bajas tasas de alfabetización– y, en la cúspide, a la de una minoría culta y estimulada por un ambiente o un afán cultural. En teoría, la existencia de instituciones como la Universidad o el Hospital Real de Santiago hubieran podido generar alguna actividad, pero las cátedras y enseñanzas científicas se instauraron en la primera con gran retraso y dificultad y la segunda se mantuvo al margen de la experimentación e incluso de las novedades admitidas en otros hospitales, encastillado en saberes alejados de la medicina moderna<sup>1</sup>. Esta situación sólo se corrigió algo con las aportaciones de una ilustración tardía y provinciana, preocupada sobre todo por problemas sociales, económicos y políticos, consciente del retardo cultural y del valor del aprendizaje técnico y utilitario, pero incapaz de reconocer en la ciencia un argumento de redención histórica<sup>2</sup>.

Eso fue así porque no surgió una generación puente entre la ciencia barroca y la ilustrada y antes de mediado el XVIII sólo hubo aportaciones esporádicas de hombres que desarrollaron su labor fuera de Galicia, como el jesuita Luis Losada y Quiroga, autor de *Cursus Philosophicus* (1724-35) en el que daba entrada a la filosofía experimental, o el benedictino P. Feijoo, cuya trascendencia fue indirecta y limitada a la difusión de los conocimientos científicos frente a los prejuicios y creencias y a la divulgación científica para su aplicación práctica. Desde los años sesenta y setenta aparece una nueva generación que quizá no hizo aportaciones originales a las ciencias

---

1. SAAVEDRA, P. y GASALLA, P., diversos capítulos de la *Historia da Universidade de Santiago*, Santiago, 1998; GARCÍA GUERRA, D., *El Hospital Real de Santiago (1495-1804)*, A Coruña, 1983.  
2. BARREIRO, X. L. (coord.), *O pensamento galego na Historia*, Santiago, 1990.

positivas, pero incitó a una inquietud general para impulsarlas –reforma de la Universidad, aparición de instituciones de difusión o de escuelas prácticas– y se observa la actividad de nombres que escribieron obras de cierto relieve, como el médico Pedro Bedoya (*Historia Universal de las fuentes minerales*, 1764–65), Cónsul Jove (*Memoria sobre el conocimiento de las tierras*, 1786; *Ensayo sobre la hidráulica rústica*, 1788, sobre los principios mecánicos del agua) o el polígrafo José Cornide (*Ensayo de una historia de los peces*, 1788). Pero faltaban los elementos de organización colectiva que imponía el ideal de la difusión y cuando los hubo fueron instigados o impuestos desde el gobierno de Madrid: la Academia de Agricultura tuvo una vida efímera en A Coruña (1765–71) y sólo hubo Sociedades Económicas en Santiago y Lugo, que no pasaron de fomentar la lectura de memorias, confeccionar informes y crear escuelas prácticas, y que languidecieron a fines del XVIII.

También por iniciativa del gobierno surgieron aquellos espacios donde se dio más trascendencia a la ciencia y la técnica, como el Departamento Marítimo de Ferrol, en cuyos arsenales y astilleros trabajaron ingenieros y arquitectos ilustrados –Jorge Juan, Cosme Álvarez de los Ríos o Julián Sánchez Bort– y se abrieron una escuela de pilotos y la Compañía de Guardiamarinas (1776), en las que las enseñanzas de náutica, astronomía y matemáticas fueron el núcleo de una formación diferente a la impartida en la Universidad. La irrupción de Ferrol no sólo fue un producto del Estado, sino un síntoma de la importancia de las ciudades marítimas y en parecido contexto se desarrolló en A Coruña la actividad del Hospital militar, con su escuela anatómica (1767), de la delegación del Real Protomedicato (1773) y del Real Consulado. Desde 1785 este último mantuvo una preocupación por la educación y la cultura, dedicando parte de su esfuerzo a difundir técnicas e innovaciones agrarias, adiestrar artesanos y promover las ciencias aplicadas en las escuelas de náutica (1790), dibujo y comercio, a las que acudieron los hijos del sector social medio o medio-alto y predominantemente burgués. Las ciudades tradicionales perderían comba en esa nueva orientación, con la excepción de Compostela, en donde la Universidad fue inducida a entrar en un proceso de reforma, iniciado en 1753 pero sólo visible desde 1772, que empezaría a dar sus frutos a fines del reinado de Carlos III.

Así pues, siendo Galicia una significativa cultura periférica que a fines del XVIII conoció cierto despegue después de arrastrar un largo déficit en materia de cultura organizada y logró tener un movimiento ilustrado con rasgos semejantes a los del resto del país –aunque de baja intensidad–, nos planteamos qué papel jugaron en ese cambio los textos científicos –en forma de libros, folletos o prensa periódica–, observando su presencia en las bibliotecas institucionales gallegas. Conviene decir ante todo que cuando nos obsesionamos en medir el desarrollo relativo de un país a través de la presencia de libros científicos en posesión de quienes “deberían” tenerlos –por su profesión o su lugar en la sociedad–. Olvidamos también que ni su ausencia equivale a desconocimiento ni su presencia significa que se leyeron y, menos, que se

entendieran. Prescindimos de que son muy minoritarios en su producción, como todos los libros especializados –lugares e imprentas específicas, tiradas cortas, elevado precio, coste de transporte...–, lo que dificultaba su tránsito entre el productor y el consumidor, de que no eran libros *provinciales* –sus autores rara vez lo eran– y de que los ámbitos provinciales no eran los más adecuados para que se difundiesen. Por otro lado, el dominio temático –dispersión temática y clientelas muy específicas– y el idiomático –prolongada vida del latín–, dificultaban el tránsito entre el producto y el lector, si bien en el siglo XVIII los formatos divulgativos –prensa científica, publicación en fascículos– o el uso de las lenguas vulgares, *abarataron* y simplificaron el acceso a la literatura científica, aunque esto conllevara un descenso en la calidad y la incorporación del entretenimiento. Pero sobre todo, al centrar la atención en los libros privados, se suele ignorar que los textos científicos tuvieron un espacio fundamental en las instituciones, aunque no en todas partes se generó una red institucional civil capaz de solventar las deficiencias de las bibliotecas privadas.

La baja tasa de alfabetización hacía que en Galicia los lectores potenciales fueran pocos y menos aquellos que por oficio, beneficio o interés pudieran serlo de libros de ciencias y técnicas<sup>3</sup>. ¿Quiénes eran esos posibles lectores y dónde estaban? Podemos decir que los médicos compostelanos del XVIII tenían un buen número de libros especializados, por eso su presencia entre la burguesía eleva artificialmente la proporción de libros científicos en este grupo (18%); también los artífices del Barroco tardío tenían textos de medicina y matemáticas o de arquitectura –como libros de oficio en este caso–, pero en las casas de los clérigos, ciencias y técnicas ocupaban sólo el 2.5% y tampoco los sectores nobiliarios muestran interés; en todo caso, no aparecen las tendencias del XVIII, sino poco más que textos de divulgación, y algo de física experimental, química, medicina práctica o cirugía revelan cierta modernidad contenida en dentro de lo menos comprometido ideológicamente. En Ferrol, la naturaleza militar de la ciudad explica que los libros científico-técnicos –farmacia, milicia, economía, arquitectura–, ocupasen el segundo rango en las casas de los marinos y gente de milicia (28%), aunque esta ciudad parece menos afectada al libro que a la prensa periódica. Algo similar sucedía en A Coruña, la ciudad más burguesa y dinámica, aunque el consumo potencial de impresos científicos no era irrelevante: en la mayor librería de la ciudad, la de Vicente Gutiérrez, en 1795 había 226 títulos en 689 volúmenes (15.6%) de medicina, física, tratados militares y de comercio, ciencias naturales, arquitectura o náutica<sup>4</sup>.

3 Seguimos la línea argumental de P. BURKE (*A Social History of Knowledge*, Cambridge, 2000, p. 177), a través del proyecto, *Comunicación y difusión en la Galicia del Antiguo Régimen: cultura oral y cultura escrita en una sociedad bilingüe*, Ministerio de Educación y Ciencia, HUM2005-01289/HIST.

4 BARREIRO MALLÓN, B., “Las clases urbanas compostelanas en el s. XVIII”, en EIRAS ROEL, A., *La Historia Social de Galicia*, Santiago, 1981, p. 473; GARCÍA GONZÁLEZ, F., “As bibliotecas particulares no

Si no fue por la vía privada, por algún medio habían llegado las ideas renovadoras y en esto no hay duda de que las bibliotecas institucionales mitigaron los problemas económicos y de acceso por parte de los particulares y facilitaron libros a los docentes como instrumento esencial de su trabajo. Bien es verdad que las instituciones de la Ilustración sólo tardíamente formaron fondos libresco; las escuelas técnicas nacidas en las ciudades marítimas a fines del XVIII y principios del XIX recibieron asignaciones de libros —parte de los jesuíticos, por ejemplo— pero poco más y las Sociedades Económicas de Santiago y de Lugo tuvieron que esperar a la segunda mitad del XIX, pero en el ámbito civil adquirió verdadero cuerpo la de la Universidad de Santiago y nació la del Consulado de A Coruña.

Tras una desidia de casi dos siglos, explicable porque el sistema educativo se basaba en la lectura intensiva<sup>5</sup> y porque en Santiago los monasterios y conventos permitían cierto acceso a sus fondos, la Universidad contó con una verdadera biblioteca al recibir los libros de los jesuitas. No obstante, los libros científicos de la Compañía —de matemáticas, náutica, pilotaje, etc.—, se destinaron a la escuela de náutica proyectada en Pontevedra y para que las ciencias fueran visibles en la biblioteca universitaria fue preciso que llegaran inequívocas órdenes del gobierno para adaptarla al plan de estudios de 1772<sup>6</sup>, en función de lo cual se compraron bastantes libros en Madrid<sup>7</sup>:

Tema	Índice de 1772		Compras en Madrid		Total en 1774	
	Vols	%	Vols	%	Vols	%
Ciencias	112	5.9	199	11.5	311	8.6
Arte militar/arquitectura	22	1.2	--	--	22	0.6
Erudición varia	42	2.2	*335	*19.4	*377	*10.4
Total	1.884	100.0	1.724	100.0	3.608	100.0

\* Incluye 292 volúmenes de las *Mémoires de Trévoux* hasta 1773

Sobrecargada de historia, derecho y letras, las ciencias tenían reducida importancia y las compras no se orientaron hacia obras recientes o innovadoras, pero antes no había nada y urgía rellenar lagunas. En *ciencias y artes*, el esfuerzo econó-

Ferrol do Antigo Réxime”, *Historia Nova II*, Santiago, 1994, p. 107; SAMPAYO SEOANE, E., “La cultura escrita en La Coruña de finales del A. R. Una visión diferente: la librería de don Vicente Gutiérrez”, *Obradoiro de Historia Moderna*, 8, 1999, p. 199.

5 Como en todas partes: RIDDER-SYMOENS, H., *Historia de la Universidad en Europa*, vol. II, Bilbao, 1999, p. 205. ARTIER, J., “Les bibliothèques des Universités et leurs collèges”, en JOLLY, Cl., *Histoire des Bibliothèques françaises*, París, 1988, p. 45.

6 DOMERGUE, L., “Les livres importés en Galice au XVIIIe. siècle”, en *De l’alphabétisation aux circuits du livre en Espagne, XVIe-XIXe siècles*, París, 1987, p. 431, GASALLA, P. y SAAVEDRA, P., *op. cit.*, pp. 359 y ss.

7 (A)rchivo (H)istórico de la (U)niversidad de (S)antiago, Universidad, lib. A57.

mico fue escaso (9.4%) pero rentable —el fondo se triplicó— y es que no se compraron grandes colecciones, salvo 105 volúmenes de las memorias de la Academia de Ciencias de París desde su fundación a 1767. Las deficiencias se notaban en todo. En filosofía natural, la Universidad sólo tenía textos de Plinio, el *Espectáculo de la Naturaleza* de Pluche y la obra de Nieremberg y en general, en botánica, farmacia o matemáticas, en las que había unos cuantos títulos, no se incorporaron más que dos o tres en cada caso: en matemáticas, el bibliotecario Valle Incalán señaló la necesidad de comprar *Elementa Mathematica* de Wolfio y las obras de Tosca y de Benoulis y los tratados de Bellidor sobre arquitectura hidráulica, matemáticas para ingenieros y técnica militar, de fuerte carácter práctico, que llegaron a Santiago en 1774 entre los libros remitidos por Sancha y Alberá. La Universidad tenía un pequeño fondo de arte militar y arquitectura (Vitrubio), para el que Valle pidió la *Enciclopedia de las Artes y Ciencias*, sin que conste su llegada. El mayor esfuerzo se hizo en medicina al incorporar las obras de Vesalio, Heister, Valverde, Gorter, Hipócrates y Galeno comentados, en ediciones italianas, holandesas o inglesas del XVIII; algunas deficiencias, como las obras Boerhaave, no fueron cubiertas y se hizo más hincapié en comprar obras misceláneas y diccionarios especializados —medicina, física—, más para la consulta que para la formación profunda.

Las ciencias y artes llegaron en buen número a través de tres grandes donaciones hechas por gallegos de brillante carrera en la corte de Carlos III durante el cenit de la reforma universitaria y de impulso a las bibliotecas públicas; Campomanes, albacea de los tres testamentos, fue el inductor de esas iniciativas<sup>8</sup>. La de Felipe de Castro escultor real y director de escultura en la Academia de Bellas Artes desde 1752, en 1773 aportó entre 1.150 y 1.200 volúmenes de marcada orientación profesional<sup>9</sup>, entre los que había 79 títulos de ciencias que había comprado por su utilidad, ya que en medicina predominan los tratados de anatomía destinados a los artistas (las de Carlo Cesio y E. Bouchardon) o no (Vesalio, Lancisi, R. Piles, Juan Valverde) o de fisonomía como el de Giovanni B. della Porta. Lo mismo en matemáticas, dominadas por Euclides en ediciones del XVI y por la geometría, como las *instituciones* de Alberto Durerro, *La géometrie théorique et pratique* (París, 1711) de J. Ozanam, o las geometrías prácticas de S. Marolois, S. Le Clerc, Ch. de Bouelles, etc., sin faltar los novatores (J. Caramuel) y la *Trigonometría aplicada* de Pedro M. Cedillo. Las demás ciencias están peor representadas y a través de una mezcla de lo curioso o lo exótico<sup>10</sup> y, aún así, constan el tratado de óptica de I. Newton o el *Discurso sobre la*

8 Caso similar al de la Universidad de Valencia, creada en 1785 gracias a la donación de Francisco Pérez Bayer, (CABEZAS, M. C., “La biblioteca universitaria”, en *Historia de la Universidad de Valencia*, vol. II, 2000, p. 107).

9 A.H.U.S., Universidad, leg. 22.

10 *Tratado de las drogas y medicinas de las Indias orientales* de Cristóbal de Acosta, Burgos, 1578; *Fluencias de la tierra y curso subterráneo de las aguas* de T. Ardemans, Madrid, 1724; *Tratado de ensayadores* de J.

astronomía de Ch. Le Maur, los tratados de arquitectura de Vitrubio, Vignola, Serlio, Alberti, al lado de obras de arquitectura militar (S. Morolois) y del agua. Era un fondo de relativa modernidad: 17.8% de los títulos procedían de XVI/2, 16.3% de XVI/1 y 17.2% de XVII/2 y el 38.9% del XVIII.

De don Manuel Ventura Figueroa, colector de Expolios y Vacantes y redactor del reglamento que obligó a los obispos a hacer públicas sus bibliotecas, en 1783 llegaron 1.221 títulos y 2.443 volúmenes, de los que 6.8% y 7.4% eran de tema científico-técnico: no es poco en un fondo dominado por el derecho. Algunas obras eran frecuentes en otros fondos, como las básicas de medicina práctica, pero había también tratados de medicina hipocrática, la obra de Harvey sobre la circulación de la sangre, varias sobre las aguas medicinales y otras sobre la inoculación de la viruela. Poco de lo demás –el compendio de matemáticas de Lemaure o el *Espectáculo de la Naturaleza* de Pluche–, aunque bastante de materias de menor exigencia intelectual –enfermedades de los árboles, cuidado de los montes, siembras y plantíos– y de tipo técnico –fabricación de textiles, salazones o cera, tratados de agricultura, pesca, etc.–, y una tendencia clara hacia obras más de tipo erudito que de verdadera profundidad.

El médico José Carballo de Castro, miembro de la Academia matritense y autor de varias obras médicas –*Indagaciones sobre el pulso*, *Institutiones physiologicae*– y de algunas imposturas, aportó a la Universidad 360 títulos en 500 volúmenes de los que 59.4% eran de medicina/cirugía y 20.5% de química/farmacia<sup>11</sup>. Además de especializada, era una librería actualizada –más de dos tercios del XVIII y una cuarta parte posterior a 1760–, con muchas ediciones españolas (44% en el XVIII), pero también con una llamativa producción holandesa, alemana, suiza e inglesa, al lado de las más tradicionales de Italia o Francia: esto sugiere una apertura a Europa motivada por la orientación profesional del propietario. El latín predomina en las obras de medicina (46.3%) –no en vano Carballo redactó su tratado de fisiología en esta lengua–, seguido del castellano (32.9%) y del francés (16.7%), para cuya comprensión estaba bien dotado de gramáticas y diccionarios. En cuanto a los temas:

Tema	Tít	%	Vols	%
Tratados sobre Hipócrates y Galeno	16	7.2	20	6.3
Médicos modernos	18	8.1	49	15.6
Id general/principios/ instituciones	17	7.7	25	8.0
Fisiología	7	3.2	7	2.2
Higiene y dietética	18	8.1	21	6.7

Fernández del Castillo, Madrid, 1623 y los de Arfe y Villafañe, J. García Caballero, A. A. Barba, etc.

11 A.H.U.S., Universidad, serie histórica, leg. 658.

Tema	Tít	%	Vols	%
Patología	10	4.5	11	3.5
Terapéutica	49	22.1	53	16.9
Obras críticas	6	2.7	7	2.2
Historia de la medicina	1	0.5	2	0.6
Anatomía/cirugía	11	5.0	13	4.1
Farmacia	17	7.7	20	6.4
Química	3	1.4	3	1.0
Total	222	100.0	314	100.0

Aunque Carballo tenía obras de matemáticas, física, botánica, etc., le preocupaba todo el espectro médico, incluida la historia de la medicina o las obras “críticas de las facultades médicas”, como las de los novatores Gazzola y D.M. Zapata, y críticos extranjeros como Gilibert –edición de la Société Typographique de Neuchatel, 1772–. Como otros médicos de su época, se interesaba por las propiedades del agua y por la inoculación de la viruela –obras de T. O’Scanlan y Vicente Ferrer–; los libros de autores médicos muy conocidos<sup>12</sup>, la farmacia moderna y la química reinciden en la actualización de este médico, pero sólo figura una publicación periódica, *Diario Filosófico médico-quirúrgico* de J. Galisteo.

En 1794 la biblioteca universitaria tenía 6125 títulos y 10.486 volúmenes que componían un conjunto barroco, latino, atestado de religión (47.5%) y reflejo de voluntades ajenas. Desde 1772, a pesar de que el esfuerzo se hizo con menos ímpetu del proclamado y del esperable dado el bajísimo punto de partida y de que estuvo orientado hacia una producción científica *coleccionable*, la suma de compras y donaciones dio como resultado el aumento constante de los textos científicos: en 1772 ocupaban casi un 6%, superan el 8% en 1774 y llegan al 10% en 1794. En esta fecha, el 42.6% de las ediciones científicas eran españolas y una quinta parte en cada caso, de Francia e Italia; 38% de los títulos estaba en castellano –traducciones madrileñas tardías–, 41% en latín y una minoría en francés e italiano; es un sector más tardío que cualquier otro (56.6% de títulos y 69% de volúmenes posteriores a 1700). En artes y técnicas hay un equilibrio entre los lugares de edición y en las etapas –con cierto predominio del XVIII tardío–, un ligero dominio del castellano y del italiano y una escasísima producción en latín y menor aún en francés. Abundantes publicaciones periódicas esconderían la parte más divulgativa.

En las compras y trueques de 1796/97 se hizo un amplio esfuerzo en ciencias, incorporándose 154 títulos en 267 volúmenes –una cuarta parte de las compras–, con prioridad clara hacia la medicina, farmacia o química médica. La mayor

12 Tenía las obras de Van Wiethem, Boerhaave, Haller, Hoffman, Sidenham, Leboë, Junker, Tissot, etc., junto con las de Andrés Piquer, en ediciones venecianas, parisinas, ginebrinas, holandesas –de Leyden y Ámsterdam–.

parte son ediciones del XVIII, pero se compran aún 14 tratados médicos del XVI y 22 del XVII, quizá para cubrir huecos en las publicaciones médicas básicas, ya que las ediciones más tardías son de medicina especializada, en especial de enfermedades femeninas e infantiles. En otros campos, 22 ediciones son de XVIII/2, 11 de XVIII/1 y sólo 12 anteriores a 1700, de lo que se deduce una mayor actualización que en el ámbito médico; sólo una obra de veterinaria, seis de ciencias biológicas, quince de matemáticas y once de física-química muy recientes, evidencian el intento de corregir las orientaciones más conservadoras de los años setenta. En 1797 se compraron 77 volúmenes de ciencias (16%) y 18 de artes (3.8): ediciones madrileñas –barcelonesas a veces–, de las obras matemáticas de B. Bails, farmacéuticas de M. Baumé, químicas de J.A. Chaptal, físicas de M. Brisson, botánicas de Linneo y sus epígonos (C. Gómez Ortega, Palau y Verdera), médicas de W. Cullen y quirúrgicas de J. de la Faye, pero el dominio de las obras médicas es menor, aunque siguiesen llegando ediciones especializadas italianas. La para-ciencia se ocultaba por entonces en la sección de libros prohibidos, en la que no había ningún título científico entre los 183 existentes.

En fin, en 1797 había ya 12.007 volúmenes de los que 1.466 (12.1%) eran de ciencias y artes. El crecimiento de la biblioteca conllevó un cambio de contenidos y mayor diversificación<sup>13</sup>, aunque estuviese lejos de poder dar pie a una producción científica propia.

Por entonces, estaba gestándose la segunda biblioteca civil de Galicia, la del Real Consulado de A Coruña. Creado en 1785 y formado por comerciantes e industriales y nobles, tenía una preocupación educativa –escuelas especializadas– y cultural en contacto con las corrientes dominantes, que se tradujo en el interés por tener una biblioteca para que el público y en especial el comercio, puedan leer obras de política, legislación mercantil, artes, agricultura, fábricas, navegación y comercio; las primeras adquisiciones respondieron a ese perfil utilitario, se hicieron suscripciones a prensa periódica y se recibieron algunas donaciones particulares, como la del cónsul inglés Alexander Jardine, pero fue el canónigo ilustrado Pedro A. Sánchez quien la dotó con 800.000 reales y de un objetivo: adecuarse a la ciudad y la época y pronto fue una biblioteca nutrida y utilitaria<sup>14</sup>:

Tema	Títulos	%	Vols.	%
Historia Natural	59	3.5	163	3.9
Física/Química	53	3.1	134	3.2
Medicina/farmacia	57	3.4	93	2.2

13 La Universidad de Caen tenía entonces 13.000, 19079 París en 1791 (ARTIER, J., *op. cit.*, p. 47).

14 SÁNCHEZ RODRÍGUEZ DE CASTRO, M. C., *El Real Consulado de La Coruña: impulsor de la Ilustración (1785-1833)*, A Coruña, 1992, p. 222.

Tema	Títulos	%	Vols.	%
Agricultura	39	2.3	115	2.8
Matemáticas	23	1.4	50	1.2
Astronomía/navegación	62	3.7	95	2.3
Arte militar	19	1.1	32	0.8
Geografía	93	5.5	246	5.9
Ciencias/Artes/Oficios	36	2.1	109	2.6
Economía política	130	7.7	275	6.6
Bellas letras	761	45.0	1.936	46.4
Total	1.692	100	4.170	100

Fuente: M.C. Sánchez Rodríguez de Castro, *El Real Consulado...*, p. 259

Era una biblioteca actualizada tanto por las fechas de edición (76% de obras del XVIII, sobre todo de su cuarto final) como por los lugares de edición (París 15.5%, Londres, Amsterdam, Amberes) aunque un 40% procedía de Madrid. Predominio del castellano (51.3%), seguido del francés (22%) y espacio menor del latín (17%), tal como se proponía en los objetivos de una biblioteca moderna y accesible. Es diferente a las existentes en ciudades tradicionales como Santiago, no en vano el Consulado es el símbolo de la Ilustración gallega, no por su aportación –no era un foro intelectual– sino por quienes lo formaron o lo rodearon, pero tampoco la existencia de libros científicos y técnicos pasó a mayores.

## 1. LAS BIBLIOTECAS INSTITUCIONALES DEL CLERO

El clero secular careció de bibliotecas institucionales en Galicia hasta que tuvo efecto la norma que declaró públicas las diocesanas. En Santiago, tercera diócesis de Castilla, esto afectó en 1772 a la del arzobispo Rajoy y Losada, que había dejado al morir 628 títulos en 1384 volúmenes de los que sólo el 1% era de ciencias, de modo que los posibles lectores poco podían solucionar en esa biblioteca; lo mismo cabría decir de la del cabildo catedralicio, recibida en donación en 1762. Si esta era la situación de una diócesis rica, no sería mejor las de las otras diócesis.

Por lo que afecta al clero regular, sólo había en Galicia 73 conventos y monasterios masculinos, pero era enorme el peso social de los monjes benedictinos y cistercienses en el mundo rural y el de los frailes franciscanos en ciudades y villas<sup>15</sup>. La trascendencia cultural y religiosa de este clero fue muy desigual, no tanto por el número de representantes de cada orden como de su modo de insertarse en la sociedad: los mendicantes por medio de la predicación –aunque muchos conventos tenían

15 En lo que sigue, utilizamos información ya procesada para evitar citas: REY CASTELAO, O., *Libros y lectura en Galicia, siglos XVI-XIX*, Santiago, 2003.



tareas educativas—, los jesuitas a través de sus cinco colegios y de las misiones populares, etc. Cistercienses y benedictinos, encerrados en sus ricos monasterios rurales, sin actividades docentes —salvo en los novicios o en la participación de los benedictinos de San Martín Pinario en la Universidad—, estuvieron menos vinculados con la sociedad civil y cuando fueron presionados para una participación cultural activa, se opusieron con firmeza.

En general, las iniciativas culturales de unos y otros, rara vez fueron autónomas, sino impuestas por las congregaciones y autoridades de las órdenes o por algunos patronos de escuelas o colegios fundados en determinados conventos. La insistencia en elevar el nivel de dedicación religiosa y la mejora cultural desde las reformas de fines del XV y de la primera mitad del XVI, se mantuvo en el siglo XVII, cuando la educación de los novicios y la formación de los profesos se consideraron las únicas vías para cumplir las exigencias del claustro. Esto pasaba por la lectura y esta por la creación de fondos de librería amplios y adecuados, un proceso que se perfila a fines del XVII pero que no adquiere naturaleza hasta los años cuarenta del XVIII, por presión de las autoridades pero también por la de monjes ilustrados como Feijoo y Sarmiento. Así pues, las bibliotecas se crearon con escaso ímpetu, pero crecieron porque el suministro estaba garantizado por donaciones, herencias de frailes y monjes, aportaciones de los órganos superiores de las órdenes y por medio compras, de modo cuando fueron expropiadas tras la Exclaustración, tenían como media 1.604 volúmenes, aunque eran muy desiguales y menos diversificadas cuanto más pequeñas eran:

Casa	Ord.	Pred	Teol	Bibl	SSPP	Fil	Litg	Der	Hist	Gram	Con	Hag	Cs/ Art	Otr	Vols
Pinario	Ben	6.9	21.1	5.8	4.4	4.4	3.5	7.2	20.5	10.3	0.7	2.1	7.7	2.1	12093
Poio	Ben	9.3	22.1	24.7	10.2	4.4	0.2	18.2	1.2	2.1	0.4	0.9	1.9	4.6	571
Sobrado	Cís	7.1	21.1	8.6	9.4	1.7	2.3	12.3	19.0	2.4	1.9	1.6	1.1	14.1	2883
Oia	Cís	20.2	29.0	5.5	6.1	4.8	6.8	7.7	5.5	6.7	0.4	1.5	4.6	1.3	1561
Armenteira	Cís	15.6	30.9	3.6	4.6	3.3	1.9	6.9	4.0	3.9	0.1	0.5	1.1	23.3	874
Montederramo	Cís	1.9	15.1	11.6	12.4	52.5	-	2.7	1.9	-	-	-	-	1.9	259
Melón	Cís	5.5	26.4	9.8	6.4	2.5	7.8	12.9	20.0	2.5	2.4	1.6	1.0	1.4	1660
Meira	Cís	6.8	45.9	3.4	5.8	10.1	2.4	18.4	4.8	1.5	-	1.0	-	-	207
Santiago	OFM	22.7	31.4	12.2	*	4.9	*	7.2	8.7	2.4	7.8	-	1.2	1.5	4435
Ferrol	OFM	29.1	32.2	7.0	3.4	5.5	5.3	1.5	5.9	5.8	1.3	1.3	0.5	1.1	1709
Ribadeo	OFM	38.8	27.4	5.8	5.0	2.6	5.5	1.7	6.0	3.3	0.8	1.1	0.7	1.2	1538
Tui	OFM	26.8	30.6	9.8	7.0	7.1	2.4	9.1	2.6	1.5	1.1	0.7	1.1	0.2	1018
Baiona	OFM	36.4	36.7	5.0	3.0	0.9	6.6	2.0	3.3	2.2	1.3	1.4	0.8	0.2	638
Agrelo	OFM	27.0	39.9	7.5	1.0	8.9	3.7	1.7	4.1	--	--	2.0	--	--	293
Ponteareas	OFM	52.3	32.4	-	-	4.3	-	2.0	7.6	-	-	-	-	3.6	302
Montefaro	TOR	17.3	19.2	5.1	2.0	6.0	4.1	7.3	11.2	5.7	1.5	1.7	4.1	14.5	3328
Melide	TOR	23.6	32.6	5.2	3.8	7.9	8.3	5.7	3.6	2.8	0.7	2.6	1.0	2.0	2504
Santiago	Dom	17.8	35.1	10.4	4.5	6.0	2.5	6.6	6.7	2.2	0.9	3.4	2.2	0.6	2658

Casa	Ord.	Pred	Teol	Bibl	SSPP	Fil	Litg	Der	Hist	Gram	Con	Hag	Cs/ Art	Otr	Vols
Tui	Dom	24.3	31.3	15.1	4.6	5.6	1.2	7.2	0.8	2.3	1.2	3.5	--	2.7	733
Ssaturñiño	Dom	41.2	22.9	8.5	1.8	9.5	1.4	2.1	2.1	--	--	--	--	10.6	284
Santiago	Agus	8.4	35.2	11.0	5.9	4.6	1.4	11.6	8.6	5.7	1.3	0.4	3.8	1.1	1800
Coruña	Agus	17.6	39.1	7.1	5.0	8.9	3.0	3.3	6.6	3.7	1.5	2.3	1.1	0.6	1583
Santiago	Merc	12.8	35.6	12.5	1.7	3.0	1.9	11.0	13.3	2.2	1.1	2.0	2.3	0.4	1321

Pred: predicación; teol: teología; bibl: biblias; sspp: patrística; fil: filosofía; litg: liturgia; gram: literatura y gramáticas; der: derecho; hist: historia; con: concilios; hag: hagiografía; cs/art: ciencias y artes; otr: otros

Como es lógico, dominaba el componente religioso (60% de los volúmenes), al que se añadían el derecho canónico y la historia eclesiástica. Orientación temática y tamaño variaban entre las órdenes, y ciertamente, las *ciencias y artes* tenían un espacio estrecho, pero los textos de estas materias se acumularon en monasterios y conventos en número mayor del que podían tener los poseedores privados, y aún siendo un saber acumulado impregnó lentamente a la sociedad civil, porque repercutía en esta a través de colegios y cátedras universitarias, y de los préstamos, y porque acabó incorporándose a las instituciones civiles tras la Exclaustración. Por otro lado, el epígrafe de *ciencias y artes* estaba centrado en la medicina, por su aplicación práctica, al igual que los demás sectores científicos de estas librerías, tal es el caso de la arquitectura.

La más importante de las existentes en Galicia era la del monasterio benedictino de San Martín Pinario de Santiago, el único urbano y vinculado con la Universidad. A fines del siglo XVIII tenía 7.849 títulos y 14.398 volúmenes<sup>16</sup>, que componen una biblioteca barroca, pero esencial en una ciudad pequeña, tradicional, universitaria y levítica, por lo que era visitada por las elites locales, aunque los lectores más numerosos eran los monjes. Está también marcada por la religión (55.3% de títulos y volúmenes), pero por comparación con las demás es sorprendente la importancia del sector civil y en especial el de *ciencias y artes*: 585 títulos en 1084 volúmenes, 7.5% del total, a lo que se añaden casi un centenar de obras de erudición varia o de arte militar que contenían materias técnicas o científicas.

No era una biblioteca de alubión, ni recibió grandes donaciones, de modo que los libros de ciencias procedían de las herencias de los monjes o de las compras. El crecimiento, poco entusiasta, de las obras de tema laico se hizo en parte gracias a las obras de ciencias —menos del 5% antes de 1700, 10% después— en el contexto de la renovación intelectual realizada por los benedictinos compostelanos obedeciendo los designios de la Congregación de Valladolid. Las compras de 1744 a 1749 incorporaron 190 tomos, 80 las de 1750-1753, 110 en 1753-57, 1.200 de 1757 a 1761; en 1762/66 se invirtieron 30.000 reales en libros (3.5% de los gastos del monaste-

16 (B)iblioteca de la (U)niversidad de (S)antiago, Manuscritos, legs. 593, 586 y 583.

rio), 16.110 en 1767/71 (2.7%), 15.905 en 1771/73 (2%) y 9.300 en 1774/77 (1.3%), un incremento revelador del interés en enriquecer la biblioteca, aunque desde 1780 se redujeron las entradas –211 títulos hasta 1808–<sup>17</sup>.

Desde 1767, fuera de la tradición bibliográfica del monasterio, se adquieren sobre todo obras científicas, de medicina en su mayor parte –una edición tardía de Galeno, las de Jacobo Martelo, las del médico italiano Teófilo Boneti<sup>18</sup>–, mientras que las ciencias naturales son incorporadas a través del *Espectáculo de la Naturaleza* de N.A. Pluche<sup>19</sup>; son obras de alto precio, clásicas, en las que la novedad constituye un componente marginal, y ediciones madrileñas de títulos extranjeros traducidos al castellano. Es un poco diferente la impresión de lo adquirido entre 1767 y 1780: *Principia mathematica* de Isaac Newton, junto con obras de ciencias de gran magnitud, como la historia natural de Buffon –la traducción de Clavijo y Fajardo, Madrid, 1773–, las memorias de matemáticas y física de la Academia de las Ciencias de París –el monasterio adquiere 72 volúmenes desde su primer número de 1732–, o el *Diccionario de la salud* (París, 1761). En síntesis, la entrada de la ciencia moderna se hace a través de las publicaciones de las academias, en lenguas modernas, y de aquello que es más útil. Las incorporaciones posteriores a 1789 son cada vez menos y en materia científica están dominadas por la historia natural, botánica en especial<sup>20</sup>, pero también humana –*Historia Natural del Hombre* de Buffon (París, 1792), las obras de Hipócrates en edición greco-latina de Leyden–; la matemática no pasa de un texto escolar (*Elementos de Aritmética para el uso de los guardiamarinas*, Santiago, 1791) y en general la producción científica es escasa y descriptiva y aquello de lo que podría surgir un halo de modernidad se esfuma.

Terminado ese proceso, los 1.084 volúmenes de ciencias existentes en la biblioteca hacia 1800 eran en un 30.9% ediciones francesas, 27.8% españolas y 14.0% italianas, pero más de una cuarta parte procedía de Holanda, Inglaterra, Alemania, etc.<sup>21</sup>, en una diversidad que no suele darse en otros campos. El latín es dominante (47%), aunque las ediciones en castellano (27.1%) de traducciones tardías sobre todo, superan al francés (17.5%) y al italiano (3%). En su mayor parte eran impresiones del XVIII, lo que identifica un esfuerzo de renovación señalado en las compras de libros y en sintonía con la orientación de la orden:

17 Libro de Cuentas de S. Martín. B.U.S., Manuscritos, leg. 29.

18 No se sabe cuáles fueron las ediciones de Galeno y Martelo adquiridas, pero sí las de T. Boneti, *Anatomia práctica*, Lyon, 1700, *Thesaurus Medicus*, Génova, 1692, y *Laberinto Medico*, Génova, 1687, en latín.

19 La traducción al castellano, Madrid, 1753, 16 vols., aunque el monasterio tenía la de Francfurt de 1752.

20 *Historia plantarum* de Nueva España de Francisco Hernández, Madrid, 1790; *Diccionario de Botánica* de Bulliard impreso en París en el VII año de la República.

21 Poca presencia de libros científicos franceses, dada su abundancia en el XVIII (JAMMES, B., "Le livre de science", en CHARTIER, R. y MARTIN, H.-J. (eds.), *Histoire de l'Édition française*, 2º, París, 1984, p. 256).

Período	% Títulos	% Volúmenes
-1560	11.1	6.1
1560/99	12.3	8.0
1600/49	10.7	6.3
1650/99	14.9	12.6
1700/49	23.9	31.9
+1750	23.6	31.6
Sin fecha	3.5	3.4

Del desequilibrio entre títulos y volúmenes se deduce que la reorientación se basó en comprar grandes colecciones de divulgación, de las academias extranjeras y españolas y de obras enciclopédicas: un saber compendiado, por lo tanto. Del desequilibrio temático se deduce a su vez una orientación, la utilidad –medicina, tratados de agricultura, ingeniería–, aunque la ausencia de libros de farmacopea se explica porque la importante botica de San Martín Pinario, tenía sus propios libros<sup>22</sup>, no actualizados pero suficientes para la atención de un servicio tradicional:

Tema	% Tít.	% Vols.	Tema	% Tít.	% Vols.
Medicina	34.5	30.4	Teoría general de la ciencia	2.6	1.7
Matemáticas	18.5	15.1	Enciclopedias	0.6	4.4
Ciencias biológicas	11.6	14.2	Producción de academias de ciencias	1.3	10.6
Astronomía	8.6	5.1	Náutica	2.2	1.8
Ingeniería civil y militar	2.9	2.5	Arquitectura	2.0	1.1
Agricultura/veterinaria	3.7	3.6	Otros	2.4	1.8
Física/química	9.0	7.7	Total	100.0	100.0

Algunas obras no sobrepasaban la curiosidad –máquinas, invenciones, ingenios, fenómenos– o lo generalista, y la producción más técnica o mecánica se había adquirido en función de los mandatos de renovación y no desdecía ese carácter (eran diccionarios y enciclopedias de artes y ciencia<sup>23</sup>). El tono divulgativo y superficial se denota en los tratados sobre el cosmos de Atanasio Kircher (ediciones de Roma, Amsterdam, Keptem, Wurzburg, etc.) o los de astronomía de Jacobo Cassini (París, 1720, 1730, 1740...), aunque el monasterio tenía obras más actualizadas, como las de Jorge Juan. En historia natural, la colección de Buffon sería el equivalente de lo primero y las obras de Linneo (París, 1763 y 1764) o de José Quer (*Flora hispana*, Madrid, 1762), de lo segundo. El contrapeso entre la divulgación y la producción más densa se advierte

22 SANMARTÍN, J. S., *Monjes y boticarios. La farmacopea del Monasterio de San Martín Pinario de Santiago*, Santiago, 1997.

23 *Diccionario de las artes y oficios mecánicos*, París, 1773; *Enciclopedia de descripción de artes y máquinas*, París, 1761; *Diccionario razonado de las ciencias y las artes*, Ginebra, 1777, en 34 vols.

también en matemáticas, dominadas por Euclides y sus comentaristas; aparecen ediciones tempranas, como las de Pedro Ciruelo de París de 1515 y Alcalá de 1526, a las que se añaden otras del XVI final (Jerónimo Cardam, Basilea, 1570; Cristóforo Clavio, Roma, 1581); el P. José de Zaragoza, con su *Aritmética Universal* y sus tratados sobre otras ramas, y Juan Bautista Corachán representan a la producción española del XVII y su camino hacia la renovación, en tanto que Newton, en sus *opúsculos matemáticos* y sus *principios* sólo aparece en ediciones tardías (Lausanne, 1744; Colonia, 1760), de modo que son las ediciones de 1743 y otras varias, de los *cursus* de Ch. Wolfius los que dominan la matemática del XVIII, a un lado los libros de aplicación práctica en arquitectura, ingeniería, náutica, etc. En física, una parte de las existencias se corresponde con experiencias curiosas –las de Gaspar Schottus– e invenciones ingeniosas; la física experimental tiene una presencia desigual, bien en Roberto Boyle (Ginebra, 1714), abate Nollet (Madrid, 1757; París, 1759), o el curso de física de Muessenbroeck (París, 1769), pero la física de Newton aparece a través de su comentarista Jacobo Rohaultus (*Phisica ex Newton*, Venecia, 1740).

Aunque el monasterio poseía una temprana edición de los textos de Avicena, la medicina tiene sus referencias en Galeno e Hipócrates en ediciones lionesas del XVI y en sus comentaristas más interesantes: Andrés Laguna (Lyon, 1553), Francisco Vallés (Alcalá, 1556), Cornelio Celso (Basilea, 1552), etc. La producción médica del XVI está bien surtida, desde Vesalio (Venecia, 1568), S. Oribaius (París, 1555 y otras), Jerónimo Cardan (Basilea, 1559) a los españoles (Nicolás Monardes, Daza Valdés, Daza Chacón, etc.) De los novatores, Juan José Gazzola y su obra clave (*El mundo engañado por los falsos médicos*, Madrid, 1733), y de la literatura del XVIII, la de H. Boerhaave (Venecia, 1730 y otras). Había muchas obras de alta divulgación, como los *Thesaurus* de Teófilo Boneto (Génova, 1692) y los textos de Tissot, tan difundidos entre las bibliotecas institucionales.

El monasterio tenía un fondo de artes militares y textos dedicados a fortificación por su relación con la arquitectura, no en vano vivía entre permanentes ampliaciones y mejoras, y entre sus monjes contó con destacados maestros de obras, por eso había las obras de Serlio (Venecia, 1540 y otras), Vitrubio (Estrasburgo, 1550) o Vignola (Roma, 1583 y otras) o tratados más actualizados (*Arquitectura moderna* de Carlos A. Jombert, París, 1763). En agricultura, las obras de Duhamel de Monceau y en ingeniería las de Belidor, rematan el ámbito científico, más rico en divulgación que en obras complejas, pero no carente de valiosos textos clásicos ni de ciertas novedades.

Ninguna biblioteca de Santiago tenía tantas suscripciones a prensa periódica, que ponían en contacto a los monjes con el mundo europeo, ni tantos libros prohibidos (192 títulos en 461 volúmenes en 1836, dominados por los temas religiosos). Todas las otras bibliotecas benedictinas eran mucho menos importantes y cuanto más pequeñas, menos textos científicos tenían, y lo mismo cabría decir de otros monasterios.

Los monjes cistercienses, más numerosos que los benedictinos, desde el punto de vista cultural acusaron el hecho de no disponer de un monasterio urbano y vinculado a la Universidad. El tamaño medio de sus bibliotecas era de 1.166 volúmenes, aunque alguna de los monasterios más ricos, duplicaba esa cifra: la de Santa María de Sobrado tenía en 1836 casi tres mil volúmenes, pero poco más de treinta eran científicos. Esa escasez se constata en todas las demás bibliotecas cistercienses de menor tamaño, ya fueran las de los ricos monasterios de Ourense o los de la Galicia occidental, salvo quizá en Santa María de Oia, biblioteca barroca, donde había 31 títulos de *ciencias y artes* en 72 volúmenes (3.2% y 4.6%), más de lo habitual desde luego, pero se trata casi sólo de textos médicos, desde Galeno (Venecia, 1586) a Avicena (Venecia, 1595) a la obra de Boerhaave y numerosos textos de Andrés Piquer. Las bibliotecas de los monasterios más pequeños tenían cuatro o cinco títulos de ciencias y algunas aún menos, como sucedía en los monasterios y colegios de filosofía de Montederramo y Meira, que no tenían ninguno.

Los 24 conventos de franciscanos menores, que albergaban a más del 40% de los regulares gallegos, tenían bibliotecas repletas de predicación y teología. Entre los 1.085 volúmenes de su tamaño medio, destaca la de Santiago, casa matriz con noviciado central y colegio: su nivel económico, superior al de las demás conventos, y su ubicación le permitían tener un mayor contacto con los centros suministradores de libros, sus relaciones sociales le servían para atraer donaciones y la cualificación de sus religiosos le garantizaba que de las herencias de estos se obtuviesen más y mejores libros. En 1761 el provincial Fray Juan España, guardián del convento, ordenó la catalogación de los fondos previendo un solo epígrafe científico, el “s” en el que entraban los *médicos, matemáticos, astrólogos y geógrafos*<sup>24</sup>; en el que entraron sólo 69 volúmenes (1.3%) de 52 títulos (1.3%) entre 5.373, volúmenes y 2.011 títulos. No había colecciones, ni obras extensas, ni textos de gran calidad: *Secretos de la Naturaleza* de Alejo Piamontés, *Lunar Perpetuo* de Jerónimo Cortés, *Compendio de Matemáticas* de Francisco Robira... Las obras de arquitectura eran dominantes –Vignola y Vitrubio, Serlio, Juan de Arfe, Jacome Barocio, Domingo de Andrade, Lorenzo de San Nicolás–, y se acompañaban de varios tratados de fortificación y de arte militar –Cepeda, Folch de Cardona, etc.– y de geometría –más que de aritmética–, tales como los de Juan de Moya. La medicina está representada por Dioscórides, Hugo San Paulino, Ponce de Santa Cruz, Juan Vigier, Dionisio Duart y su apología de Hipócrates, Pablo Zaquíás; en todo caso, en reducida medida y en textos ajenos a las novedades. El resto se compone de dos obras de relojería, varios lunarios perpetuos, atlas –el de Mercator, el de Giustinianus–, algunos libros de cosmografía, etc. En definitiva, poco en cantidad y menos en calidad, de modo que cuando en 1835 los desamortizadores recontaron 4.435 volúmenes, sólo

24 Archivo de la Provincia Franciscana de Santiago, carpeta n.º 99.

consideraron “útiles a las ciencias y a las artes” 155, el 3.5%, declarando inútiles 2.984 e *inservibles a las ciencias y a las artes* 1.296...<sup>25</sup>.

Las bibliotecas de los conventos de ciudades o villas grandes –Tui, Ferrol y Pontevedra– estaban peor dotadas, pero mejor que las de las villas pequeñas, aunque en todas funcionaban los mismos mecanismos de suministro. El de Ferrol estaba mejor surtido que la media quizá por situarse en una ciudad importante<sup>26</sup>, pero sólo tenía ocho volúmenes científicos; en Tui había tres títulos, dos de ellos de medicina en sus aspectos morales y canónicos más que científicos<sup>27</sup>, y el indefectible *Espectáculo de la Naturaleza* de Pluche; nada de matemáticas, arquitectura y otras ciencias prácticas. Lo mismo en los demás: cuatro o cinco libros de ciencias, como la omnipresente *Palestra Médica* de Rodríguez y *Poliantea Medicinal* de Curbo Semrido.

En las otras órdenes se podría repetir una descripción idéntica, quizá con la salvedad de los dominicos y agustinos de Santiago, que tenían una intensa relación con la Universidad, y desde luego, con la excepción de las bibliotecas de los terceros franciscanos. Estas constituyeron una rareza por su tamaño y por su calidad<sup>28</sup>, en parte porque en la segunda mitad del XVIII la normativa interna insistió en la formación cultural como medio de sacar a la orden de “la obscuridad en que la han tenido la desidia, la falta de elevación en el pensar, y no sé que otras cosas”, como Fray Rafael Rodríguez Mohedano comentaba en 1768<sup>29</sup>. Así, resulta llamativo que en el convento de Montefaro<sup>30</sup>, rural pero cercano a Ferrol, hubiese en 1835 un total de 143 volúmenes de 63 títulos de ciencias (4.3%), más 79 de erudición varia; también es singular la inclinación hacia las matemáticas y las ciencias experimentales: los frailes tenían la aritmética de Moya, *Elementos de Matemáticas* de Wolfius, *Física Experimental* de Nollet, *Física moderna* de Piquer, *Principios de matemáticas* de B. Bails. Como en muchos conventos, había unas cuantas obras de medicina, cirugía y farmacopea (*Palestra farmacéutica* de Palacios, *Palestra crítico-médica* de Castella, *Tratado de las enfermedades frecuentes* de Tissot, *El cirujano instruido* de Goulart, *Anatomía completa* de Martín Martínez, etc.), o de botánica (*Flora española* de Quer), de clara orientación práctica, salvo *El mundo engañado por los falsos médicos* de J. J. Gazzola o la obra médica de Boerhaave en francés. Montefaro tenía dos colecciones del *Espectáculo de la Naturaleza* de Pluche y *Observaciones Astronómicas* de Jorge

Juan y otras obras de astronomía, de modo que si en este convento podía influir su actividad docente, más lo hacía su cercanía a las instituciones de la Marina de Guerra de Ferrol, como lo revela el hecho de que otro colegio de terceros, Sancti Spiritus de Melide, tuviese una biblioteca importante pero mucho menos rica en ciencias y menos adaptada a la renovación intelectual.

En fin, la valoración negativa que los desamortizadores hicieron de las bibliotecas de conventos y monasterios tras la Exclaustración al no encontrar allí libros *útiles a las ciencias y a las artes*, descalificándolas sin más, es significativa en sí misma, tanto porque ignoraba los objetivos para los que se habían creado –la predicación, el confesionario, la formación religiosa– como el proceso histórico que escondían. Desde luego, lo que estas librerías guardaban con más o menos cuidado, no alimentó una producción intelectual que permita pensar que eran algo más que acumulaciones de libros y reservas de saber poco explotadas, pero hay que reconocer que cumplían con su misión y que poco a poco habían constituido un fondo de libros de medicina, arquitectura, matemáticas, ciencias naturales, curiosidades científicas, obras divulgativas, etc., almacenado por su utilidad, que acabó, sin más desgaste que el del paso del tiempo, en las bibliotecas civiles creadas a mediados del XIX.

25 (A)rchivo (H)istórico (N)acional, Clero, leg. 1935.

26 A.H.N., Clero, leg. 1921.

27 Dos ediciones de la *Palestra crítico-médica* de Fr. Antonio José Rodríguez (Zaragoza, 1738 y Madrid, 1748), y del *Nuevo aspecto de teología canónico-médicas* (Madrid, 1748 y 1769).

28 REY CASTELAO, O., “Las bibliotecas de los frailes terceros franciscanos: un toque de innovación”, en *Homenaje a José García Oro*, Santiago, 2002, pp. 252 y ss.

29 SOTO, J. L., “Proyecto español de una historia general de la Tercera Orden regular de San Francisco (Siglo XVIII)”, *Archivo-Ibero-Americano*, 157, 1980, p. 41.

30 Archivo del Reino de Galicia, Privados Eclesiásticos, leg. 774/4, y A.H.N., Clero, leg. 1910.